La impresion del jurado iba ya siendo cada vez mas favorable, cuando de súbito un incidente inesperado y fatal vino á cambiar enteramente el aspecto del debate.

El joyero Legrand, para probar mejor la sinceridad de su testimonio, espresó en su declaracion que el mismo dia 8 de Floreal habia hecho antes de comer un cambio de alhajas con su compañero de profesion Aldenof, y propuso exhibir su libro de asientos, en el que debia estar notado este cambio, cuya realidad justificaria la esactitud de todos los recuerdos y destruiria todas las sospechas.

Mas cuando por órden del presidente se trajo el libro de asientos, á primera vista fué fácil reconocer que la fecha de la operacion citada por Legrand habia sido enmendada. El cambio con Aldenof habia tenido lugar el dia 9, ó por lo menos esta era la fecha con que sentó en el libro. Una enmienda mal disimulada, hecha groseramente sobre una raspadura, habia sustituido el guarismo 8 al guarismo 9 primitivamente escrito.

Este descubrimiento produjo un movimiento de sorpresa y casi de indignacion. El presidente estrechó con preguntas al testigo Legrand, y no pudiendo obtener de él una respuesta satisfactoria, ordenó su inmediato arresto.

Asustado entonces, turbado, balbuciente, perdido, retractó su primera deposicion, y dijo que no estaba cierto de haber visto á Lesurques el 8 de Floreal; que habia enmendado su libro para dar mas verosimilitud á la declaracion que habia resuelto hacer en su favor; que por lo demas, creia

en la inocencia de su desgraciado paisano, y que solo la profunda conviccion de que un error de la justicia le hacia comparecer en el banco de los criminales, era lo que le habia decidido á ser perjuro por salvar la cabeza de un hombre á quien le unian sentimientos de estimacion y de afecto.

Compréndese bien cuánto debió cambiar este incidente las disposiciones de los jurados. Desde aquel momento, alimentaron contra Lesurques las mas implacables prevenciones, no viendo mas que un vasto sistema de confabulacion y connivencia en las declaraciones ya recibidas, y escuchando apenas las que faltaban por tomar. A sus ojos, la culpabilidad de Lesurques era ya un hecho evidente.

Y sin embargo, Lesurques no cesaba de oponer las denegaciones mas enérgicas á los gravísimos cargos, á las funestas apariencias que parecian surjir de todas partes contra él.

En tales circunstancias se cerraron los debates. El acusador público formalizó su peticion, y en seguida se retiraron los jurados á otra sala, á fin de decidir de la suerte de Lesurques.

VII.

En aquel instante de que dependia la vida ó la muerte de Lesurques, se presentó al tribunal una mujer agitada de la mas viva emocion, y pidió hablar al presidente.

—Aguijoneada por la voz de mi conciencia, decia, quiero evitar al tribunal criminal un error funesto, y á los jurados un eterno remordimiento.

Aquella mujer insistió tanto en que el presidente la oyera, que este magistrado creyó deber llamarla á su presencia.

Allí declaró:—"Que sabia positivamente que "Lesurques era inocente; que los testigos, engaña-"dos por una inesplicable semejanza, le habian "confundido con el verdadero culpable, el cual se "llamaba Dubosq."

A pesar de esta declaracion tan positiva, el tribunal, supeditado por las desfavorables impresiones que produjo el debate, hizo retirar á aquella mujer, que era Magdalena Bréban, la querida de Couriol, la confidente de sus mas íntimos pensamientos.

Magdalena, en los momentos en que se iba á pronunciar el fallo, abandonaba á su amante Couriol, y confesaba su parte de culpabilidad por salvar á Lesurques. El corazon de la mujer tiene muchas veces tesoros de valor y de generosidad.

Pero el tribunal, como hemos dicho, no quiso escuchar á Magdalena.

Volvió á continuar la audiencia, y los jurados consignaron su declaracion, pronunciando la pena de muerte contra Couriol, Lesurques y Bernard; la de veinte y cuatro años de prision contra Richard, y la absolucion de Bruer y de Guesno.

Cuando se hubo dado cuenta de este fallo, levantóse Lesurques con serenidad, y dirigiéndose á sus jueces, les dijo en tono grave:

—Soy inocente del crímen que se me imputa.... ¡Ah! ciudadanos, si es horrible asesinar en un camino real, no lo es menos asesinar jurídicamente á un hombre inocente.

A su vez se levantó Couriol, y espresándose con calor, esclamó:

—Sí, yo soy culpable y confieso mi crímen; pero Lesurques es inocente, y Bernard no tuvo participacion en el asesinato.

Cuatro veces seguidas reiteró esta declaracion; luego, cuando volvió á su calabozo, escribió á sus jueces una carta llena de dolor y de arrepentimiento, en la cual decia:

"Yo no he conocido jamas á Lesurques; mis cóm-"plices fueron Vidal, Rossi, Durochat y Dubosq. "La semejanza de Dubosq con Lesurques, es lo que "ha engañado á los testigos."

En cuanto se hizo público el fallo, Magdalena Bréban se presentó de nuevo para repetir la declaracion hecha precedentemente por ella. Acompañábanla dos individuos, quienes depusieron que antes del veredicto del jurado, les habia dicho Magdalena que Lesurques jamas habia tenido relaciones con los asesinos, y que era víctima de su funesta semejanza con Dubosq, uno de los asesinos verdaderos.

Esta insistencia de Magdalena, y sobre todo las palabras de Couriol que, confesándose condenado con justicia y no reclamando nada para él, protestaba la inocencia de Lesurques, introdujo la duda en el ánimo de los magistrados. Apresuráronse á pedir una suspension al Directorio, el cual, penetrado del mal irreparable y posible de hacer perecer á un inocente, recurrió al cuerpo legislativo, atendido que todos los recursos judiciales estaban agotados. El mensaje del Directorio á los Quinientos era urjente, y pedia una suspension de la ejecucion, y que se decidiese acerca de la marcha que hubiese de seguirse en este negocio; terminaba con estas palabras:

"¿Deberá morir Lesurques, porque se parece á un culpable?"

No obstante, el consejo de los Quinientos creyó deber pasar á la órden del dia, porque "todo esta-"ba consumado legalmente, y un caso particular "no debia motivar una infraccion de las formas an-"teriormente decretadas; y porque anular por se-"mejantes indicios una condenacion legalmente "pronunciada por un jurado, seria trastornar todas "las ideas de justicia y de igualdad ante la ley."

Despues de esto, como el derecho de indultar habia sido abolido, no quedaba al infortunado Lesurques ni recurso, ni esperanza. El se mostró firme y resignado.

Durante la demora de su instancia, habia dirigido por conducto de los periódicos una carta á aquel Dubosq, cuyo nombre habian revelado Couriol y Magdalena Bréban. En aquel escrito decia:

"Oh vos, en cuyo lugar voy á morir, contentaos "con el sacrificio de mi vida; si alguna vez com-"pareceis ante los tribunales, acordaos de mis tres "hijos cubiertos de oprobio, de su madre que ge-"mirá en la desesperacion, y no prolongueis tantos "infortunios causados por la mas funesta seme-"janza."

El dia de su muerte, escribió á su esposa la siguiente carta:

"Querida mia:

"Nadie puede eludir su destino; yo debia ser ase-"sinado jurídicamente. Por lo menos sabré sufrir "mi suerte con el valor de un hombre como yo. "Te envio mis cabellos; cuando tus hijos sean gran-"des, repárteselos: es la única herencia que les "dejo."

En otra carta de despedida á sus amigos, no se entrega á recriminacion alguna de las que una desgracia semejante á la suya, hubiera inspirado á almas de menos temple que la de él. Se limita á decir: "La verdad no ha podido abrirse paso; voy "á perecer víctima de un error."

En fin, el dia 10 de Marzo de 1797, José Lesurques fué conducido al lugar del suplicio. Habia solicitado ir vestido de blanco, como para simbolizar su inocencia, y llevaba al caminar hácia el cadalso, un pantalon y una especie de levita de cotonía, y el cuello de la camisa caido sobre los hombros.

Aquel dia era Juéves Santo. Lesurques manifestó sentimiento de no morir el dia siguiente, aniversario de la muerte de Jesucristo.

Durante el tránsito desde la Conserjería hasta la plaza de la Grève, donde tenian lugar las ejecuciones públicas, Couriol, colocado en la carreta al lado de Lesurques, gritaba al pueblo con voz vigorosa:

—"Yo soy culpable y merezco la muerte. Pero "Lesurques es inocente; su suplicio es un asesinato "horrible."

Bernard fué ejecutado el primero. Despues de él, Lesurques, sin perder en lo mas mínimo su admirable tranquilidad, se entregó al verdugo diciendo:

—"Perdono á mis jueces, á los testigos cuyo error ha hecho que se me condene, á Legrand que no ha sido quien menos ha contribuido á que se me asesine jurídicamente.... Muero protestando mi inocencia!...."

A los pocos segundos, habia cesado de ecsistir. El inocente Lesurques precedia un minuto en la eternidad al culpable Couriol.....

VIII.

Las protestas de inocencia reproducidas por Lesurques en su hora suprema; la declaracion de Magdalena Bréban; las reiteradas por Couriol hasta en los escalones del cadalso, habian sembrado la duda en el ánimo de muchas personas.

Apenas se ensangrentó el patíbulo, cuando el remordimiento, ó por lo menos el recelo de una iniquidad judicial, penetró en muchas conciencias.

Varios de los jurados que habian votado en esta triste causa, mostraron públicamente su pesar por haber dado fé á las deposiciones, por otra parte tan precisas y formales, de los testigos de Mongeron y Lieursaint.

Por lo que toca al ciudadano Daubenton, á aquel juez de paz que ordenó el arresto de Lesurques, y formalizó contra él las primeras diligencias, resolvió proseguir con perseverancia la averiguacion de la verdad, que no podia ser conocida en toda su pureza, hasta el arresto y encausamiento de los tres individuos contumaces designados por Couriol como sus cómplices, y que dijo llamarse Vidal, Durochat y Rossi.

Dos años enteros transcurrieron, sin que el celo y las investigaciones de Daubenton diesen resultado alguno. A pesar de sus incesantes afanes y molestias, el concienzudo magistrado no podia encontrar la menor huella de los fugitivos.

Por fin, consultando un dia los numerosos partes y los registros de entrada de presos, que se recibian diariamente en la oficina central, vió el ciudadano Daubenton en uno de ellos, que Durochat, aquel asesino que, segun el dicho de Couriol, iba en el asiento del correo de Lyon con el nombre de Laborde, acababa de ser preso por un robo cometido recientemente, y se encontraba en aquel momento detenido en Santa Pelagia.

Es de advertir que al sustanciarse la causa de Lesurques, quedó consignado que varios testigos, entre otros un inspector de la administracion de correos, habian visto al supuesto Laborde cuando se preparaba á subir al carruaje, y el mencionado inspector conservaba bastante presente su fisonomía, en términos que en caso de presentársele, le reconoceria con entera certidumbre.

El ciudadano Daubenton, despues de informarse del dia en que Durochat debia ser juzgado por el delito de robo que habia motivado su arresto, se fué á la administracion de correos y conferenció con Mr. Piron, gefe de la correspondencia para el Mediodía, por medio del cual obtuvo que los administradores enviasen á buscar en posta al indicado inspector, quien por haber permutado, no se hallaba en Paris.

Por otra parte, se puso en noticia de los jueces las sospechas de que Durochat era objeto. Llegado el dia del juicio, fué condenado el acusado á catorce años de prision, y ya se disponian los gendarmes á llevársele de la sala, cuando interponiéndose el inspector de correos, declaró que aquel hombre á quien acababan de condenar por robo, era precisamente el mismo que el 8 de Floreal del año IV iba en la mala de Lyon con el nombre de Laborde, y habia, segnn todas las apariencias, asesinado al infeliz conductor.

Durochat no opuso mas que una débil negativa, y fué conducido de nuevo á la Conserjería, en donde el ciudadano Daubenton hizo que le sentasen en el registro de entradas, en virtud de la prevencion que resultaba del proceso seguido contra Couriol y consortes.

El dia siguiente, el ciudadano Daubenton, asistido de un ujier del tribunal criminal, hizo trasladar al acusado á la cárcel de Melun, adonde llegó aquella misma noche.

Al otro dia por la mañana muy temprano, sufrió Durochat un interrogatorio, á consecuencia del cual tuvo que ser conducido á la cabeza del partido de Seine-et-Oise, donde debia tener lugar la prosecucion de la causa.

El magistrado y el ujier se encaminaron, pues, hácia Versalles con el reo, escoltado por cuatro gendarmes. Luego que llegaron á una aldea inmediata á Grosbois, Durochat, que no habia tomado cosa alguna desde la víspera por la mañana, pidió de almorzar. Hízose alto en la primera posada, y habiendo allí manifestado Durochat deseos de hablar particularmente al juez, este, despues de haber mandado llevar el almuerzo para él y el preso, ordenó á los gendarmes y aun al ujier que se retirasen, por mas que el último procuró hacerle comprender cuán imprudente era quedarse solo con un malvado como parecia serlo Durochat.

Mr. Daubenton y Durochat quedaron solos. El magistrado no estaba separado del asesino del correo de Lyon mas que por la mesa en que se habia servido el almuerzo. La criada de la posada no habia puesto mas que un cuchillo por orden del ugier. Cojiólo Daubenton, y se servia de él para cascar un huevo, cuando Durochat le dijo mirándole fijamente:

—¿Teneis miedo? señor juez.

—¿De quién? preguntó Daubenton.

—De mí, replicó Durochat.

—¿Qué os hace presumir eso?

—Como veo que os habeis apoderado del cuchillo.

A estas palabras del acusado, el juez le presentó él cuchillo por el mango, y dijo con maravillosa serenidad:

—Tomad, partidme pan, y decidme lo que teneis que comunicarme relativamente al crímen cometido en la noche del 8 de Floreal.

Confundido con la calma del magistrado, se levantó Durochat y puso sobre la mesa el cuchillo que habia cojido con una vivacidad que hubiera asustado á cualquiera otro que al ciudadano Daubenton.

—¡Sois un valiente! esclamó con una especie de respeto y admiracion.

Y habiendo reflecsionado por espacio de algunos minutos, añadió con desaliento:

—Mirad, yo estoy perdido. Acabóse todo para mí. Lo sé muy bien; pero quiero ser franco con vos.

Y se puso á contar detalladamente todas las particularidades concernientes al asesinato del conductor del correo de Lyon. Sus esplicaciones confirmaron esactamente cuanto habia dicho Couriol. Añadió que el proyecto fué concebido por Vidal, uno de sus cómplices, quien se lo habia comunicado en una hostería de los campos Elíseos.

Los culpables eran, pues, en realidad Couriol, Rossi, conocido por Beroldi, Vidal, el mismo Durochat y Dubosq.

Este miserable Dubosq fué quien le pergeñó un pasaporte con el nombre de Laborde, con ayuda del cual se proporcionó otro para tomar el asiento en el correo de Lyon; le prestó tambien 3.000 francos en asignados; Bernard suministró los cuatro caballos que sirvieron para Couriol, Rossi, Vidal y Dubosq. Rossi fué quien dió al postillon el sablazo que le partió el cráneo; Durochat montó el caballo del postillon para regresar á Paris. Así que llegaron, se reunieron los cinco cómplices en casa de Dubosq calle de la Cruz des-Petits-Champs, donde se procedió al reparto de las sumas robadas, de que reclamó una parte Bernard, que se hallaba allí, á pesar que no hizo mas que facilitar los caballos sin haber tenido mas participacion en el crímen.

Despues de dar las esplicaciones precedentes, prosiguió Durochat de esta manera:

—"He oido decir que habia sido condenado un sugeto llamado Lesurques. Debo hablar con verdad, asegurando que no he conocido jamas á tal sugeto, ni cuando ocurrió el proyecto, ni cuando se trató de la ejecucion, ni cuando se hizo el reparto. Declaro que no le conozco, que no le he visto jamas, y que no pudo tener parte en el asesinato."

Concluyó Durochat diciendo que despues del crímen, fué á vivir con Vidal, á la calle de las Fuentes, en una casa cuyo portero se llamaba Perrier, de donde se marchó al cabo de pocos dias, cuando supo el arresto de Couriol.

Estendida por Daubenton esta declaracion, la firmó Durochat, y á su llegada á Versalles, la reiteró ante uno de los jueces del tribunal. El ciudadano Daubenton asistió á este segundo interrogatorio, que ha dejado consignado en una nota escrita de su puño y unida al proceso, en la cual dice:

"El magistrado hizo observar á Durochat que Lesurques habia sido, no obstante, reconocido formalmente como uno de los ladrones por los testigos que vinieron de Mongeron y de Lieursaint; que llevaba en sus botas espuelas plateadas; que habiéndose roto una de estas se le vió componerla atándola con hilo, y que esta misma espuela rota habia sido encontrada en el paraje mismo en que fué atacado el correo. Durochat respondió:—Era Dubosq el que llevaba espuelas plateadas. La misma mañana en que nos repartimos el producto del robo, le oí decir que se le habia roto la cadenilla de una espuela, que la habia compuesto en el sitio donde habian comido, y que la perdió en la refriega. Yo mismo le ví en la mano la otra espuela, la cual dijo iba á tirar á la letrina.

"Durochat dió en seguida las señas de Dubosq, y añadió que el dia del crímen tenia puesta una peluca rubia."

IX.

La captura que se acababa de hacer de Durochat, fué seguida de la de Vidal, otro de los cómplices en el crímen tan malamente imputado á Lesurques. Mas aunque los testigos de Mongeron y de Lieursaint le reconocieron formalmente como uno de aquellos á quienes habian visto comer y jugar al billar el 8 de Floreal, el acusado se encerró en una completa y sistemática negativa. Instruyóse respecto á él un procedimiento especial, y permaneció en las cárceles de la capital.

Entretanto llegó el dia de juzgar á Durochat en Versalles. Queriendo probar la sinceridad de las declaraciones que habia prestado, pidió su careo con Vidal. En consecuencia, fué este llevado de Paris; pero persistió en suponerse víctima de un error, declaró no conocer á Durochat, y afirmó que le veia entonces por la primera vez.

Se llamó á los testigos que habian depuesto contra Guesno, Lesurques y Couriol, quienes aseguraron que no se engañaban al designar á Vidal como uno de los cuatro que comieron en Mongeron. Hubo un testigo que esclamó dirigiéndose á Vidal:

—No, no me equivoco: vos érais uno de los que ví en Lieursaint con Couriol y otros dos, el dia del asesinato del correo; pero me engañé, lo confieso, cuando tomé por vos al ciudadano Guesno, y estoy bien pesaroso de lo que dije de él. Quiero hacer público hoy mi arrepentimiento.

Durochat, que confesaba su criminalidad, fué condenado á muerte y ejecutado á poco tiempo en la plaza de Versalles, sufriendo su pena con notable indolencia.

Por lo tocante á Vidal, se le trasladó á la cárcel de la cabeza del territorio de Seine et Oise, en donde se prosiguió el proceso incoado contra él.

X.

Cuatro años hacia que el conductor del correo de Lyon habia sido asesinado, cuando á fines del año VIII, uno de los cómplices del delito, aquel en lugar del cual fué condenado Lesurques, Dubosq, en fin, que habia sido preso de resultas de un robo

en el departamento del Allier á donde se habia retirado con nombre supuesto, fué reconocido en la cárcel, traido á Paris, y llevado luego á Versalles para ser juzgado juntamente con Vidal.

Los datos adquiridos respecto á Dubosq constituian una admirable hoja de servicios. Jóven todavía, fué condenado á galeras perpetuas á consecuencia de un robo de objetos de plata cometido por él en casa del arzobispo de Besançon. Estando en galeras, rompió sus cadenas á favor de los disturbios que agitaron la Francia. Preso en Paris por un segundo robo, fué segunda vez condenado, y logró tambien evadirse. Vuelto á coger en Rouen, halló nuevamente medio de fugarse. Aprehendido otra vez, por cuarta vez se escapó. Esta última evasion coincidia, con algunas semanas de diferencia, con el ataque del correo y el doble asesinato de la selva de Sénart.

De la misma manera que Vidal, negó Dubosq toda participacion en el crímen de que se le acusaba. Pero contra estos miserables obraban pruebas demasiado concluyentes.

Mientras estaban ambos encerrados en la cárcel de Versalles, meditaron un proyecto de evasion que no tardaron en poner en práctica. Los dos consiguieron salvar dos muros y escalar el del camino de la ronda; pero les faltaba todavía saltar desde una altura de veinte y cinco piés para ganar la calle. Vidal se tiró y llegó á tierra sano y salvo. Dubosq fué menos afortunado, pues se fracturó una pierna y le metieron de nuevo en la cárcel.

La evasion de Vidal fué tanto mas sensible para Daubenton, cuanto que habia tomado muy á pechos este asunto, y esperaba que la verdad iba á surgir por fin del juicio contradictorio de Dubosq y Vidal.

Por este motivo, lejos de desanimarse, se entregó con mas ardor á continuas investigaciones para descubrir el paradero del fugitivo.

El écsito coronó sus esfuerzos; supo que Vidal habia sido arrestado en Lyon por recientes fechorías, y dió parte al presidente del tribunal de Versalles, el cual mandó conducir allí al culpable con una buena escolta.

Pero mientras Vidal volvia á caer en manos de la justicia, Dubosq, curado de su fractura, tomaba las de villadiego.

Fué preciso, pues, juzgar á Vidal solo. Esta vez su proceso se sustanció en breve. Abundaban las pruebas contra él, y pronto expió sus crímenes en el patíbulo.

Hasta los últimos dias del año IX, en que fué nuevamente preso, burló Dubosq las pesquisas del tribunal criminal de Versalles.

Continuando entonces su proceso, ordenó el presidente que compareciese Dubosq en los debates con una peluca rubia. Reconociéronle unánimente los testigos. Sobre este particular se lee lo siguiente en la relacion de la causa:

"El ciudadano Perrault, miembro de la asamblea legislativa, uno de los que vieron en Mongeron á los cuatro sugetos que comieron en la posada del correo el dia del asesinato, y que habia reconocido á Lesurques por uno de ellos, convino en que habia una gran semejanza entre Dubosq y Lesurques.

La mujer Alfroy, que anteriormente reconoció á Lesurques por uno de los mismos cuatro sugetos, declaró que se habia engañado al decir ante el tribunal del Sena que le reconocia; que hoy su conciencia le obligaba á decir que se habia engañado, y creia firmemente que no habia visto á Lesurques, sino á Dubosq á quien tenia delante á la sazon; que le reconocia perfectamente, como lo habia ya hecho en la sumaria, y tenia declarado al director del jurado."

A pesar de estos testimonios y una multitud de otros no menos formales, persistió Dubosq en el sistema de denegaciones, que á ejemplo de Vidal creyó deber adoptar. Pero por una estraña inconsecuencia, confesaba haber conocido á los culpables, con quienes dijo él mismo haber mantenido relaciones. Con presencia de la conformidad de los testigos, considerando los antecedentes del acusado, teniendo en cuenta las declaraciones tan acordes y circunstanciadas de Couriol, Magdalena Bréban y Durochat, la justicia no podia vacilar un momento. Un veredicto de culpabilidad por unanimidad de votos decidió de la suerte de Dubosq, quien pereció por mano del verdugo el dia 3 de Ventoso del año X de la república.

XI.

De todos los cómplices en el doble asesinato cometido el 8 de Floreal del año IV en la selva de Senart, no quedaba mas que uno que no hubiese recibido todavía el condigno castigo, y este era Rossi.

Este Rossi, conocido por *Ferrari*, llamado tambien el *Grande italiano*, y cuyo verdadero nombre era Beroldi, fué descubierto en Madrid, poco tiempo despues de la ejecucion de Dubosq. Habiendo el ministro frances reclamado su estradicion, Rossi ó Beroldi fué entregado por el gobierno español; juzgado y condenado en Versalles, demostró un grande arrepentimiento; pidió los ausilios de la religion, y marchó al suplicio asistido por Mr. de Grandpré, cura de la parroquia de Nuestra Señora.

En la relacion manuscrita que ha dejado el juez Daubenton, se lee lo siguiente: "Despues de la ejecucion, M. de Grandpré, cura de Versalles, que asistió á Rossi en sus últimos momentos, atestiguó ante el señor presidente que su penitente le habia empezado á declarar que el fallo que le condenaba á muerte era justo. Despues, el mismo Mr. Grandpré puso en manos de Mr. Destrumeau, notario de Versalles, una declaracion escrita y firmada por Beroldi (Rossi), pero la cual, con arreglo á los postreros deseos del moribundo, no debia publicarse hasta seis meses cumplidos despues de su suplicio.

"En este documento decia Beroldi: "*Declaro que Lesurques era inocente; pero esta declaracion que hago á mi confesor, no podrá manifestarla á la justicia hasta seis meses despues de mi muerte.*"

. . . . . .

Independientemente de Richard, que expiaba con veinte y cuatro años de cadenas el crímen de haber encubierto una parte de los objetos robados, eran seis los individuos que iban ya sentenciados á pena capital como autores ó cómplices del asesinato cometido en las personas del conductor y postillon del correo de Lyon la noche del 8 de Floreal del año IV, y del robo que fué su consecuencia, á saber, Bernard, Couriol, Vidal, Lesurques, Dubosq y Rossi.

Ahora bien, segun todos los testimonios, segun la sumaria, y segun los debates mismos, estaba claramente demostrado que el número de los asesinos no habia pasado de cinco, esto es, el hombre que ocupaba el asiento del correo con el nombre supuesto de Laborde, y cuatro sugetos que montaron los caballos alquilados por Bernard, que comieron en Mongeron, y que tomaron café y jugaron al billar en Lieursaint.

Habia, pues, perecido en el cadalso un inocente; y las repetidas declaraciones de Couriol, de Durochat y de Magdalena Bréban, las confesiones tan esplícitas de Vidal y de Rossi, la formal retractacion de los testigos de Mongeron y de Lieursaint en el proceso de Dubosq, todo prueba que este inocente era el desdichado Lesurques.

XII.

Apoyados en todas estas circunstancias, la viuda y la familia de Lesurques elevaron una voz suplicante pidiendo la revision del proceso en lo concerniente á Lesurques. El error judicial parecia tan incontestablemente demostrado, que los peticionarios esperaban tener fácilmente la rehabilitacion del infeliz que habia sido víctima de él.

El juez de paz Daubenton estaba convencido de la inocencia del condenado, y como habia sido uno de los instrumentos involuntarios de un error deplorable, quiso noblemente consagrar una parte de su fortuna y los últimos años de su vida á devolver á la familia Lesurques su honor y su consideracion, que habian sufrido un descalabro en circunstancias tan dolorosas y funestas.

Mr. Daubenton se dedicó á una especie de investigacion póstuma, y consignó minuciosamente su resultado en un estenso escrito que dirigió al ministerio de la justicia, y del que entresacamos los pasajes siguientes:

"El error, dice Mr. Daubenton, que dió lugar á la condenacion de Lesurques, no provenia ni de los jurados ni de los jueces. Los jurados, convencidos por las declaraciones de los testigos, habian jurídicamente manifestado su conviccion; los jueces, con arreglo á las declaraciones de los jurados, fallaron conforme á la ley.

"El error de la condenacion de Lesurques no provenia sino de una equivocacion de los testigos mismos; no provenia sino de la fatalidad de la semejanza de Lesurques con uno de los culpables que no habian sido aprehendidos todavía. Nada